

# Sacramentalidad de la predicación

*Guillermo Arremberg, S. J.*

**E**N diferentes sesiones de la Comisión de Liturgia del Concilio Vaticano II, se estudió la implantación de la lengua vernácula en los Oficios Divinos. Parece ser que se ha insistido especialmente en lo relativo a la lectura de la epístola y Evangelio de la Misa.

Todavía desconocemos cuáles serán las conclusiones finales. Sin embargo, podemos apreciar cómo el hecho de que la divina palabra llegue de una manera más directa a los fieles, tiene plena actualidad en la problemática de la Iglesia. Problemática que no está sólo motivada, por la mayor acomodación de los actos del culto, sino que se trata más bien de hacer resaltar la importancia primordial que en la economía de la Salvación tiene la Palabra de Dios y su consiguiente transmisión hasta nosotros por la predicación.

Apuntemos algunas notas muy esquetas sobre la palabra divina consi-

derada desde sus diversas perspectivas. Ellas nos ayudarán a conocer su más profundo significado.

## **El concepto «palabra» en la Biblia**

Para comprender muchos de los pensamientos formulados en la Biblia, hemos de despojar a nuestros raciocinios de los enfoques y acentos occidentales que hayan adquirido. La palabra divina y su predicación considerada exclusivamente bajo un punto de vista de enseñanza y transmisión de la verdad, acorta su total y original significado. Esta visión no corresponde al pensamiento bíblico ni a la economía salvífica. Es más bien griega que bíblico-cristiana.

Como herederos en primer grado del espíritu helénico, tendemos a una concepción más racionalista del concepto "palabra". El "logos" griego es palabra, divulgación, manifestación, signo de algo inteligible que necesita del cauce de la palabra para salir al exte-

rior. Para el griego existe en las cosas un elemento cognoscible que el entendimiento puede comprender y comunicar a los otros por medio de la palabra. Esta es simplemente mediadora de la comprensión, manifestadora del estado de una cosa, información acerca de su existencia y de su naturaleza.

Algo muy diferente son las características de la “palabra” bíblica, la veterotestamentaria “debarYahvé” (palabra de Yahvé) y el “logos tou Zeou” (palabra de Dios) del Nuevo Testamento. El concepto que tiene el hebreo de la palabra se acerca más a los datos que aporta la fenomenología contemporánea. La “palabra” de matiz racional para la mentalidad griega, pasa a ser algo voluntarístico y dinámico. Más que notificación de una cosa, es manifestación de la persona que habla. El hebreo identifica la palabra con la persona misma que la ha proferido. La palabra, pues, indicará no sólo la sentencia que se afirma, sino que muestra la manera de ser del que la dijo y es expresión de su persona.



Consiguientemente, si esa persona es digna de crédito, la palabra llevará una exigencia de obediencia y acatamiento en el que escucha. No por la cosa misma que se afirma —como ocurría en el esquema griego— sino por el crédito que merece quien la dice. Si esa persona es poderosa, la expresión de su voluntad tendrá una correspondencia en la realidad, donde tendrá que realizarse para que no resulte fallida la voluntad del que la ha dicho.

En el caso de la Sagrada Escritura, cuando sea Dios el que hable, su palabra habrá de poseer necesariamente esas cualidades. Por ser manifestación de su persona, llevará inherente una autoridad que haga aceptar por sí sola lo que se enuncia. Por suponer una expresión de su voluntad, poseerá una fuerza creadora que haga realidad cuanto atestigua o promete. Si la palabra del poderoso exigía su cumplimiento, para la mentalidad judía era totalmente inconcebible que Dios quisiese una cosa y no pudiese cumplirla. Una fuerza creadora que no proviene de un poder mágico entrañado en la palabra misma, sino en el poder personal de Yahvé que es quien la ha proferido. “Porque viviente es la Palabra de Yahvé y obradora y más tajante que espada de dos filos” (Heb. 4,12). Y de hecho nada hay en el mundo que no haya sido creado por la palabra de Dios. Ni en el orden de la naturaleza ni en el de la salvación. Toda la creación se hizo por la palabra y será también redimida por la palabra de Yahvé. (1).

Si las palabras del profeta resultan verídicas y las profecías tienen su cumplimiento, es porque el profeta no ha hecho sino transmitir lo que Dios ha dicho. Su palabra, por tanto, tendrá la misma autoridad y participará del mismo carácter dinámico y activo de

la palabra divina. Igualmente hará identificarse lo que enuncia con la realidad misma, sea ésta pasada, presente o futura. El papel de oráculo divino, de transmisor del mensaje de Dios, es el que da garantía a su palabra. Por parte del que escucha, supondrá el mismo acatamiento a la autoridad de Dios y conversión íntima de su persona ante la fuerza interna de la palabra de Dios. “¿No es mi palabra como fuego que quema, palabra de Yahvé, como martillo que tritura la roca?” (Jer. 23,29).

Y este mismo esquema veremos más adelante que es el que posee también la palabra eclesial, la palabra divina que llega hasta nosotros en nuestros días por el misterio de la Iglesia.

### **Cristo, Palabra del Padre**

Cuando Dios hablaba de los hombres por medio de los profetas, no revelaba su verdad por el deseo exclusivo de enseñarles o asombrarles. Con su palabra pretendía en primer lugar hacer una donación de sí mismo, entablar un diálogo que partiendo del Creador encontrase su eco y su respuesta en la creatura. La historia de la humanidad considerada bajo esta luz, no es sino el transcurso de una conversación de Dios que se dirige a la creatura en un deseo de acercamiento y manifestación de sí mismo.

Al analizar los elementos que constituyen la palabra, hemos visto que ésta incluía el concepto de apertura, de entrega del interior de la persona que habla a su interlocutor. Lo que en la persona humana no es sino una actividad psicológica, en Dios alcanza la categoría de dar origen a la segunda persona de la Santísima Trinidad. Al hablar nos Dios de una manera definitiva, nos entregó a su palabra humanada. Esta segunda Persona, Palabra de Dios, Dios mismo, fue la que se hizo hombre en Nazaret. “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. (Jo. 1,14).

---

(1) FRANZ X. ARNOLD: *Wort des Heiles*. Theologische Quartal-schrift. 137 (1957).

Por ser Cristo mensaje de Dios humanado, sus hechos, las frases salidas de sus labios, su testimonio, serán más que nunca Palabra-Dios que se dirige a nosotros. (2). Su encarnación supone un descenso de Dios hasta nosotros en un llamamiento al diálogo y a la amistad. "muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otros tiempos a nuestros padres por el ministerio de los profetas y, ultimamente, en estos días, nos habló por su Hijo" (Hebr. 1,1).

Ese hombre, pues, que nos habla de persona a persona, es Dios, el Hijo de Dios. Si su palabra fuese solamente humana, tendría una influencia psicológica de persuasión de límites relativamente superficiales. Pero al ser también palabra de Dios, baja mucho más profundo en el interior de cada hombre. Su eficacia desciende hasta el núcleo mismo de la libertad suscitando en nuestras almas la respuesta a la fe. Por ser palabra de Dios, poseerá una autoridad que exige acatamiento y al mismo tiempo será portadora de un dinamismo y de una fuerza interior que induce a llevar a término en el corazón del que la escucha cuanto enuncia o pide.

#### Actualización de la Palabra divina

La Iglesia es la continuadora de la misión de Cristo en el tiempo. Los rasgos divinos de Cristo mediador los producirá en un doble ministerio de la palabra, por el que hará perdurar para siempre el diálogo iniciado en la Encarnación y consumado en el Calvario.

Por la palabra-predicación, la Iglesia hace llegar la voz de Dios de nuevo a los hombres. La predicación que cada día podemos oír en nuestras iglesias, no habrá perdido nada de su sentido de

revelación de Dios, de contenido de un mensaje, de fuerza intrínseca que actúa en lo más profundo de nuestros corazones. La palabra de la Biblia en la boca del predicador —acompañada del montaje humano con que exhorta o explica— renueva la situación con que Dios habló y actuó un día. Se puede decir que Cristo está presente cuando por la predicación se renueva la presencia de la gracia y de la moción íntima en el creyente. Una y otra vez, la misma virtud divina bajará a la pobre palabra humana para encarnarse en ella.

Las facultades del predicador quedarán más bien en un segundo plano ante la fuerza interna que es lo que verdaderamente ha de afectar al oyente. "Nosotros somos cooperadores de Dios". "Somos embajadores de Cristo, como si Cristo os exhortase por medio de nosotros". Son palabras de San Pablo que indican el sentimiento de transmisor y actualizador del mensaje divino que ha de poseer el predicador. Lo mismo que hace referencia indirecta a la actitud de acatamiento y disponibilidad que se requiere en el oyente. (3).

La afirmación de Cristo, tiene valor hoy como siempre: "El que a vosotros oye, a mí me oye". Y ya hemos visto cómo la palabra de Cristo irá siempre acompañada de la moción profunda en la libertad, de un elemento divino que trasciende la mera superficialidad de los vocablos humanos, para llegar a mover por sí misma la voluntad del oyente.

Por esto, la comunicación existente entre el predicador y la comunidad cristiana, no se puede considerar como un acto simplemente humano, como un hecho de los hombres entre sí. Allí no tiene lugar ni una conferencia, ni una

---

(2) OTTO SEMMELROTH: *Dios y el hombre al encuentro*. 1956 Ediciones Guadarrama. Madrid, 1961.

---

(3) ERNST HAENSLI: *Panorama de la Teología actual*. págs. 573-600. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1961.

clase, ni el trato entre profesor y discípulo. Allí está ocurriendo un suceso entre Dios que se manifiesta y atrae la voluntad y el hombre que le responde. El fin de aquella palabra no es el simple ἀκούειν griego, el llegar a ser escuchada; no es la mera comunicación de ciencia y de verdad; su meta se llama más bien justificación, amistad de Dios que le habla al hombre, acatamiento de lo que se enuncia por la autoridad de Dios que lo atestigua, redención (4).

Tanto el oyente como el predicador de nuestro tiempo, pueden desviar su interés hacia temas que no sean tan importantes. El progreso social, la historia la moral y las costumbres, la capacitación humana para la vida del cristiano, suplanta con frecuencia a lo que es decisivo y único en la predicación eclesial: el suministrar la revelación y la actualización de su poder vivificante. Tremenda responsabilidad la de la Iglesia de mantener la retransmisión insobornada de la Palabra divina; una responsabilidad que se concreta en cada predicador que posee la misión de repetir la Palabra a cada hombre, a cada nación, a cada cultura.

### La predicación y la Misa

Cristo hombre no es sólo la palabra de Dios a los hombres, sino también la respuesta y la aceptación a la llamada de Dios. La palabra que por la Encarnación llega hasta nosotros en un llamamiento de amistad, es la misma Palabra que desde el Calvario, sube hasta el Padre en actitud de aceptación y de obediencia.

El el Antiguo Testamento, las relaciones entre Dios y su pueblo estaban servidas por dos ministerios con-

trapuestos el de profeta y el de sacerdote. El primero de signo descendente por el que la palabra de Dios llegaba hasta los hombres y el segundo de signo ascensional, por el que se ofrecía el sacrificio ante Dios.

En la noche en que se entregaba, Cristo asumió los dos oficios en un idéntico ministerio. Por primera vez, de una manera incruente, iba a ser ofrecido ante el Padre el sacrificio del Calvario. Momentos antes de tomar el pan y el vino, Cristo pronunció radiantes palabras sobre la humildad, la caridad, el amor del padre a los hombres y además explica la acción del lavatorio de los pies y la institución del Sacramento. La llamada "oración sacerdotal" que a continuación pronuncia es un resumen de todo su mensaje. Desde aquel momento hasta nuestros días, la predicación y el sacramento quedarán inseparablemente unidos. (5).

A la llamada de Dios por la predicación, la Iglesia ofrece también un ministerio —diaconía— de respuesta del hombre en unión con Jesucristo. En la Santa Misa, el pueblo cristiano se dirige a Dios agradeciendo su invitación a participar de su gracia. El ministro del acto eucarístico reproduce el doble papel de Cristo en la tarde del primer Jueves Santo; él también será profeta y sacerdote que actualice en nuestros días aquella acción (6).

La predicación la desarrollará especialmente en lo que llamamos antemisa. Ella es no solamente un ministerio de la palabra, sino una profesión de nuestra fe, una confesión de faltas, un conjunto de oraciones y súplicas que preparan nuestro ambiente interior. Al llegar el

---

(5) E. H. SCHILLEBEECKX: *Parole et Sacrement dans l'Eglise*. Lumière et Vie, 24-45 (1960).

(6) C. AGUSTIN BEA S. I.: *Valor pastoral de la palabra de Dios en la Liturgia*. Pío XII y la Liturgia Pastoral, 1956, pp. 119-141.

---

(4) H. RAHNER: *Teología de la predicación*. Buenos Aires, 1950.

momento de la lectura de la Epístola y del Evangelio, la palabra de Dios en una boca humana, es comunicada en el lugar más propio, en la asamblea del pueblo de Dios, la comunidad de la fe se ha reunido para practicar la religión y la alabanza a Dios.

La predicación subsiguiente de la homilía, no puede ser considerada como una interrupción de la Misa. Es la predicación oficial de la Iglesia que testimonia, enseña, exhorta, a fin de que nosotros respondamos con una fe más profunda para ofrecer con mayor preparación el sacrificio del pan y del vino. El servicio de la palabra, con su poder casi sacramental, casi ex opere operato según algún autor, fortifica, instruye, suscita en nosotros una fe proporcionada a la realidad y a la importancia de lo que va a ocurrir.

Finalmente, en el momento cumbre de la Misa, la palabra oral cede su puesto a la palabra por excelencia, el Verbo divino, el Cristo viviente. No se crea que la predicación ha quedado interrumpida al comenzar la acción propiamente eucarística. Esta no se hará sino mediante la palabra y en el acto mismo de la predicación de la palabra. Así como vimos que la predicación poseía una especie de sacramentalidad por la que no podía darse sin producir un efecto de gracia en el alma del creyente, de la misma manera éste no puede participar del sacramento sin que le sea predicada la palabra divina. En este sentido San Pablo dice escribiendo a los Corintios “cuantas veces nos

reunimos para la fracción del pan, será predicada la muerte del Señor”. Por el mero hecho de partir el pan y ofrecer el vino —acción estrictamente sacramental— se nos está predicando el misterio más augusto de la Redención, la muerte de Cristo. Toda la Misa así considera es un acto de predicación al mismo tiempo que es un acontecimiento sacramental.

### Conclusión

Martín Heidegger ha dicho que a Dios sólo se le puede hablar en el silencio y en la poesía. Más que norma preceptiva, puede significar esto una actitud de espíritu. Los medios que el hombre tiene de lanzar su corazón a Dios son tan ricos y variados como la humanidad misma. Pero dentro de cualquier modificación personal, todo cristiano que tome en serio la búsqueda de un medio para encontrar a Cristo que nos habla, que se sacrifica por nosotros y que nos hace recibirle en la realización eucarística, acude al medio instituido por el mismo Cristo. Acérquese a la Palabra divina dispuesto a realizar no una simple información ni el aprendizaje de una doctrina, sino a participar de un suceso entre Dios y el hombre. Palabra creadora de Dios y decisión del hombre nacida de la libertad. Palabra viva de Dios que llega hasta nosotros en su realización eclesial de la predicación y que tiene su máximo cumplimiento y perfección en la celebración del Sacrificio Eucarístico.